

La evolución estética de la naturaleza en la obra poética de José de Siles

The esthetic evolution of nature in the poetic work by José de Siles

Emilio José Ocampos Palomar

Universidad de Sevilla, España

ecampos@us.es

<https://orcid.org/0000-0002-2663-7718>

Cómo citar este artículo:

OCAMPOS PALOMAR, E. (2019). "La evolución estética de la naturaleza en la obra poética de José de Siles", *Pangeas. Revista Interdisciplinar de Ecocrítica*, 1, pp. 83-91.
<https://doi.org/10.14198/pangeas2019.1.08>

RESUMEN

José de Siles (1856-1911) fue un autor que sufrió la bohemia y su lírica formó parte de un primer Modernismo español. Este trabajo pretende acercarse a su poesía y analizar cómo se ve alterado el tema de la naturaleza en la misma a través de una evolución estética que recorre el gusto clásico, romántico y moderno. Así, veremos cómo Siles recurre al *locus amoenus* para describirnos su aldea, Puente Genil, e idealizar la naturaleza siguiendo el modelo poético renacentista; cómo el paisaje natural refleja estados de la subjetividad del poeta, remitiéndonos a la *Naturphilosophie* y a la poesía romántica; y, finalmente, cómo abandona toda idealización clásica y evasión romántica de la naturaleza para hablar de su impureza y dejarla al margen, ya que el espacio

que interesará a la poesía moderna será el de la ciudad.

Palabras clave: naturaleza; clásico; romántico; moderno; poesía; Siles

ABSTRACT

José de Siles (1856-1911) was a writer who suffered the bohemian lifestyle and his lyric was part of the first Spanish Modernism. This work aims at approaching his poetry and analysing how the topic of nature is altered in it throughout an aesthetic evolution from the Classic taste through the Romantic and to the modern poetry. We will see how Siles recurs to *locus amoenus* to describe his village, Puente Genil, and idealise nature following the poetic model of the Renaissance; how the countryside reflects subjective states of the poet, like in the *Naturphilosophie* and the Romantic poetry. Finally, we will also focus on how Siles abandoned the Classic idealisation and the Romantic evasion of nature to talk about impurity and leave it aside, since the space of interest for the modern poetry will be the city.

Keywords: nature; classic; romantic; modern; poetry; Siles



Licencia: Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional. https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es_ES

José Pérez de Siles y Varela (1856-1911), autor nacido en Puente Genil (Córdoba), ha pasado a la historia de la literatura como personaje bohemio, pero fue, además, un cuentista de gran calidad y un poeta que llevó su lírica por diferentes etapas: una primera becqueriana, una segunda realista y, finalmente, una tercera modernista, siendo uno de los integrantes del primer Modernismo español. En este trabajo queremos detenernos en la evolución que sufre la naturaleza en su poesía debido a la influencia de tres corrientes estéticas: clásica, romántica y moderna. Su pluma recoge motivos que hacen posible relacionar las distintas producciones del autor con un determinado periodo poético, pero siempre canalizando el tópico para dejar espacio a su voz propia. La naturaleza como lugar ideal advierte una sensibilidad clásica y la utilización de la misma como reflejo del alma traduce una expresión propia del Romanticismo. Una idealización clásica y una evasión romántica que desaparecerán en el marco de la poesía moderna, donde asistiremos a una naturaleza que va perdiendo protagonismo frente a la ciudad, impura, contaminada y violenta, donde el humano se comporta como animal y el animal como humano.

Siguiendo el orden de las corrientes estéticas señaladas, comenzamos por una visión de la naturaleza en José de Siles (así firmará toda su obra) que remite al periodo clásico y renacentista, al *locus amoenus*:

La paz del campo y soledad del valle,
el retiro apacible de algún huerto,
la canción murmurante de las aguas,
la sombra de los árboles frondosos,
las aves que regresan a sus nidos
[...]
que, en lenguaje divino, hablan al alma
de afectos dulces y de tiernos goces... (1905a: 14).

Un lugar idílico que se repite a lo largo de sus poemas:

¡Qué portentoso es el nido! ¡Qué sublime,
y, a la par, qué sencilla obra maestra!
Son los nidos mi orgullo y mi contento.
Precédenles los cánticos vehementes,
el cariño nupcial, y el tierno enjambre
de polluelos le sigue. Ya las ramas,
que ateridas se hallaron y desnudas,
no se contentan con poblarse ahora
de pomposo follaje; servir quieren
de sostén a un hogar, a una familia.
Y ¿qué familia habrá más hechicera?
Amor, tan sólo amor formó su lazo.
En su apoyo, la fronda se entreteje
solicita y flexible, en cuyo seno
tranquilo y maternal, la nueva tribu
encuentra su santuario... Sí; yo os digo
que el árbol en que un nido el cielo puso,
es un árbol sagrado (1905a: 66-67).

Siles marcha a Madrid muy joven. Allí publica su primer libro de poemas, *Lamentaciones* (1879), y todos los siguientes. Este arrancarse tempranamente de su ciudad provocará una melancolía que atravesará toda su obra, consiguiendo que Madrid se convierta en el espacio anímico del desasosiego, mientras que el pueblo natal en el de la calma (está reelaborando el tópico del menosprecio de corte y alabanza de aldea). De ahí que el caminante que se dirige a la aldea divise a su llegada la tranquilidad, dejando atrás el ánimo tormentoso:

Sobre la ermita recóndita,
plañe sorda la campana
que anuncia a los caminantes
en la tempestad la calma (1879: 17)¹.

¹ Esta estrofa perteneciente al poema “Mi esperanza” (*Lamentaciones*) vuelve a repetirse en el poema “Al río natal” (*Las primeras flores*, 1898a: 27).

En *El diario de un poeta* (1885) Siles recoge dos versos donde nos muestra la losa que supone la distancia: “La luz de la ermita brillando lejana, / el eco do extingue su voz la campana” (1885: 32). En *Las primeras flores* (1898), en el poema “Adiós a la aldea”, el yo poético se despide de su tierra dejando en ella no solo el alma, sino también la paz: “Con vosotros, mi calma, / mi corazón, mi alma” (1898a: 11). Siles es un ser melancólico en el sentido más freudiano del término. No consigue superar el duelo, su duelo, el vivir lejos de Puente Genil. Siempre estará en su boca, o en sus versos, como un melancólico, lo perdido², refundiendo el tópico de la Edad de Oro:

Los goces, ya perdidos, o las penas,
aún no borradas por completo, siempre
un recuerdo serán, o un grato empleo
para aquel corazón, que, fervoroso,
goza perpetuando,
aún a través del tiempo y la distancia,
la idolatrada imagen (1905a: 120).

Su naturaleza idealizada, “los mágicos lugares / donde tuvo comienzo el puro idilio / del plácido amor nuestro” (1905a: 14), es una naturaleza perdida que solo se alcanza por medio de la evocación:

Por eso, en la transitoria
carrera que perseguí,
hacia el pueblo en que nací
suele volver mi memoria.
Por eso, cual grata gloria,
fuera, en mis penas más graves,
ver, con delicias suaves,
su río de ondas azules,
bordeado de abedules
y arrullado por las aves.
Y aspirar los cien aromas
de sus huertas, incensarios;
y admirar sus campanarios
circundados de palomas (1905b: 173-174).

Tal es su melancolía que el poeta prefiere ahogarse en el río de su pueblo a vivir lejos de él, enlazando así su visión idealizada de la naturaleza con una mirada romántica:

Si otra vez el hado fiero
me arrebatara hacia lugares
más lejanos,
rodar contigo prefiero
hasta el fondo de los mares,
¡como hermanos!

Que de mi vida enojosa
serás abismo, cual cuna
fuiste y amor,
y como bañas la fosa
de una madre cual ninguna...
¡oh cruel dolor! (1879: 39).

Por tanto, hay otra manera de contemplar la naturaleza que, como ya hemos adelantado, se asienta en el Romanticismo. El poeta cordobés se suma a la tradición romántica que interrelaciona paisaje exterior e interior. En ese sentido “una ruina, una montaña, un atardecer o un huracán debe evocar y, por tanto, reflejar plásticamente, no fenómenos orográficos o climatológicos, sino estados de la subjetividad” (Argullol, 2000: 68-69). Cercano al último verso de uno de los poemas a “La primavera” de Hölderlin, “Entfernt dagegen ist zur Frühlingszeit die Klage” (“alejando la primavera todo signo doloroso”) (1994: 21), Siles elabora la idea de la primavera, estación de la naturaleza, que borra el dolor: “No es eterno el pesar, ni siempre dura / el invierno implacable. ¡Ya ha llegado! / ¡Ya ha vuelto a renacer, cual la esperanza!” (1905a: 65). En un poema anterior, refiriéndose al amanecer, decía: “Nadie pierde la dulce esperanza / de tornar otra vez a admirarlo” (1905a: 55)³. Ahora

² El recuerdo, la memoria, “lo que nunca muere” (1905a: 141).

³ Sin embargo, la caída del sol para Siles: “Abre paso / a la medrosa noche, negra y fría. / Óyese entonces un suspiro

inmenso; / y, en el ambiente de tinieblas denso, / un soplo de nostalgia lastimera / parece que, ejerciendo influjo intenso, / se extiende y se respira por doquiera. / [...] // ¡La

sabemos que “los fantasmas del mundo”, con que titula su libro de poemas, son tristezas y dolores: “esos fantasmas que el terrible invierno / forja en la oscuridad” (1905a: 67). Pero, además del invierno, el causante del tedio también puede ser el “Otoño”:

Ya he llegado. ¡Mirad! Soy el otoño.
Soy la triste Estación de las nostalgias,
de la negra y mortal melancolía,
de la caída de las hojas mustias,
de los vagos y oscuros horizontes,
de la desesperanza y del suicidio (1905a: 113)⁴.

Aquí está funcionando la correspondencia entre paisaje exterior e interior, poniendo la mirada en los grandes románticos. Por ejemplo en Lamartine, para quien el otoño, “L’Automne”, supone un caer en la desilusión, como caen las flores:

Ainsi, prêt à quitter l’horizon de la vie,
pleurant de mes longs jours l’espoir évanoui,
je me retourne encore, et d’un regard d’envie
je contemple ses biens dont je n’ai pas joui!
[...]

La fleur tombe en livrant ses parfums au zéphire;
a la vie, au soleil, ce sont là ses adieux;
moi, je meurs; et mon âme, au moment qu’elle expire,
s’exhale comme un son triste et mélodieux
(2014: 24-27).

Por otro lado y volviendo al “Otoño” de Siles, si en “La caída de las hojas” nos previene de que “llega a todo / la caída de las hojas” (1905a: 33), lo mismo hace aquí: “todas, como las hojas cayeron, / arrástranse y se pierden, sepultadas / allá en la nada o en el olvido” (1905a: 116). Y es que la caída de

las hojas es “copia del infausto / destino [del hombre]” (1905a: 118) y afirma: “Yo soy como esa edad de la existencia, / en que de la ilusión la flor dorada / principia a marchitarse poco a poco” (1905a: 114). Este otoño, como el invierno, arrastra “los fantasmas del mundo”:

¿No parece, al mirar sus yertas ramas,
descarnada osamenta de esqueleto?
Toda la tierra, donde yo domino,
se siembra de despojos de los bosques,
simulando el vergel un camposanto.
[...]
Tumbas
levanto aquí y allá [...].
Por eso la Estación soy de los muertos.
[...]
¿Olvidáis, por ventura, que transformo,
con mi mano feroz, una alameda
en un vasto y oscuro cementerio? (1905a: 114-118).

De igual manera ocurre con la noche, momento en que aparecen los fantasmas y la naturaleza se hunde en la pena:

Cúbrese de tristeza
la gran Naturaleza,
y oculta y palpitante bajo el manto
tenebroso y glacial, en que se pasma,
simulando, entretanto,
el árbol un fantasma,
un túmulo la choza,
y el ala, que en silencio el aire roza,
un espíritu errante...
por el pavor que infunde y el espanto,
es ella semejante
a un fatídico e inmenso camposanto (1905a: 127).

En el marco de la interrelación romántica del alma con el paisaje exterior, José de Siles nos está mostrando las intermitencias, las

hora triste ha empezado! Ya es la hora / que encierra los misterios insondables / y penas inefables” (1905a: 126).

⁴ El otoño como estación de la tristeza ya aparece en Siles en *Noches de insomnio*, concretamente en “Impresiones de otoño” (1898b: 12). También la primavera, asociada a la

placidez, se encuentra aquí, en poemas como “Himno de mayo” (1898b: 28), “Horas dichasas” (1898b: 35), “El país de los sueños” (1898b: 42) o “Armonías de la creación” (1898b: 54).

estaciones de su momento anímico. En ocasiones una primavera, pero en otras, las más, un invierno, un otoño o una “noche de fantasmas”. Esta unidad entre individuo y universo responde a la *Naturphilosophie*, presente en el poema “Cómo quiero mi tumba”, donde nos describe su deseado lecho mortuario de esta manera:

La quiero en el seno
de la madre tierra,
lejos de los odios,
lejos de la guerra
conque el hombre imita
fiera sanguinaria...
¡Ignorada, oculta,
pobre y solitaria!
La quiero en la cumbre
más alta del mundo,
o en la abrupta roca
del mar más profundo,
o en el escondrijo
del bosque sagrado,
que fuese el más hondo
y el más intrincado...
El silencio busco
más inquebrantable;
anhelo el retiro
más infranqueable;
la paz más completa,
el sueño más largo...
Y así aquel reposo
no me será amargo (1905a: 90)⁵.

Es la necesidad de fundirse con la Naturaleza, de pertenecer a la armonía total al modo del *Hyperion* de Hölderlin (“Eines zu sein mit allem, das ist Leben der Gottheit, das ist der Himmel des Menschen”, 1822: 10), del *Childe Harold* de Byron (“Are not the mountains, waves, and skies, a part / of me and my soul, as I of them?”, 1816: 42), o del *Alastor* de Shelley (“Earth, ocean, air, beloved

brotherhood!”, 1816: 1). De ahí que sus huesos:

Por la indiferencia no siendo barridos,
fundiránse al cabo con la gran natura,
y por las raíces, al ser absorbidos,
surgirán formando risueña verdura (1905a: 91).

La última visión que Siles nos presenta de la naturaleza es claramente moderna. Una preocupación realista y social, creciente en el andaluz, será la que lo convierta en un autor moderno y actual. El poeta cordobés está pasando de la descripción del pasado y la naturaleza a la descripción del presente y la ciudad. Siles se deja de evasiones e idealismos pasados, baja de la torre de marfil y toma contacto con el naturalismo social:

¡Cuán tiránicamente el trabajo
por el día encadena y subyuga!
Al esfuerzo las manos se crispan;
las espaldas al peso se curvan.
La labor sólo avanza al aliento
que con rabia los labios expulsan.
Sólo el pan se conquista al empuje
de los pechos y frentes que sudan (1905a: 57).

De esta forma la “primavera romántica” queda muy lejos ya en Siles. Como vemos en “La estación de los pobres”, la primavera no solo es la estación de los poetas, sino que también y con más propiedad es la de los pobres “pues que los nutre amante y los consuela” (1905a: 140). En “Invierno” (1905a: 157) se recoge la misma idea: si antes la preocupación estaba en el tedio que el invierno provoca al poeta, ahora esta radica en el frío y el hambre que va a pasar el pobre. En esta vertiente, y tras fijarse en un leproso, se preguntará:

¿No hay belleza también en los abismos?

⁵ Este tema de la huida del mundo material lo encontramos en otras producciones de Siles. Por ejemplo, en “El canto del suicida” (*Noches de insomnio*): “En el seno de la muerte, / hallando un seguro asilo, / dormiré blando y

tranquilo / entre un eterno soñar” (1898b: 78). Y en el poema XLII de *El diario de un poeta*: “-¡Toma el cuerpo que padece; / dame el cuerpo que descansa” (1885: 63).

¿Por qué siempre perderse entre las nubes?
[...]
Inclinemos la vista hacia lo humilde” (1905a: 200).

Asistimos así a “La deserción de un romántico”:

A medida que en la escala
fui subiendo de los años,
me abracé a las realidades
yo, el mayor de los románticos.
Desertor soy de las filas
de los locos sueños vanos,
y me causan risa todos
los fantasmas del pasado (1905c: 11).

A Siles, como a Baudelaire en “Perle d’auréole”, se le ha caído la aureola y no piensa recogerla. Aquí llega su perfil más atractivo y moderno, el poeta es un ciudadano más. Con Baudelaire cambia el escenario: si los románticos cantaron para confundirse con la naturaleza, ahora el poeta moderno cantará a la ciudad mezclándose con ella, paseándose entre los ciudadanos sin ser reconocido. La naturaleza ya no interesa: “Et maintenant la profondeur du ciel me consterne; sa limpidité m’exaspère. L’insensibilité de la mer, l’immuabilité du spectacle, me révoltent...” (Baudelaire, 1975: 278-279). Siles va a investirse como poeta urbano y, como un *flâneur* que canta a la multitud, a los personajes anónimos, se interesará por los débiles, por los humildes devorados por la ciudad. Por tanto, hablará de la explotación del obrero (“Idilio callejero”, 1905a: 55; “Máquina de hierro y máquina de carne”, 1905a: 104; “El calavera y el obrero”, 1905a: 210; “La buhardilla”, 1905b: 66; y “La castañera”, 1905b: 170), de los enfermos y mendigos abandonados en las calles (“Un mártir de la barbarie”, 1905a: 200; y “Pompas de jabón”, 1905b: 71), de la prostituta (“La perla en el fango”, 1905b: 20; “Ola perdida”, 1905b: 57; y “Venta de esclavas”, 1905b:

211), del artista bohemio (“La vida del estudiante”, 1905a: 207; y “La serenata de los gatos”, 1905b: 213) y de la explotación comercial del ganado en el poema titulado “Nostalgia”, donde las vacas son prisioneras del mercado, símbolo de la demanda burguesa:

En vuestra suerte impía,
en que entregáis, forzadas,
el blanco y dulce jugo
de las fecundas mamas,
cual Venus mercantiles
al que primero paga;
en vuestros negros antros,
donde, enfermizas plantas,
vivís sin luz ni aire,
de la avaricia esclavas,
[...]
¡Os afligís en vano!
Fiero destino arrastra
vuestra existencia humilde...
Mas, cual la vuestra ¡cuántas
el insaciable abismo
de las ciudades traga! (1905b: 74-75).

En este pensamiento moderno tampoco queda espacio para la naturaleza idealizada. Ya la naturaleza no es ese lugar ideal, la pureza se mancha cuando un cazador mata a una paloma que lleva comida a sus crías:

Ronco estampido retumba
turbando la agreste paz,
y un ave desde el espacio
cae desplomándose al par.
En el pecho la hirió el plomo;
ya el ala abrir no podrá;
mas una espiga en el pico
aún sujeta con afán.

¡Primavera! ¡Primavera!
No eres siempre gozo y luz.
Doblando están las campanas;
allá cruza un ataúd.
Huyó el día. Ya la noche
tiende su negro capuz.
¿Y los polluelos, sin madre?
¡La aguardan, piando aún! (Siles, 1905b: 176-177).

De la misma manera, en el poema “El oso y la monja”⁶, los cazadores rompen la calma del bosque persiguiendo a un oso:

Esta paz turbando tranquila y serena,
audaz cacería por el valle suena.
Aúllan los perros con loca alegría,
y la trompa lanza su sorda armonía (1905a: 175).

Asimismo, el maltrato animal acaba con el lugar idílico en poemas como “El niño y el gusano”:

¡Has aplastado un gusano!...
¿Por qué?... En tus ojos lo leo.
Le has dado muerte, inhumano,
porque le encontraste feo (1905a: 39)

Esta crueldad humana hacia el animal la podemos apreciar, de forma más trágica, en otro poeta del primer Modernismo español como Salvador Rueda, concretamente en su cuento “Aguafuerte” (*Sinfonía callejera. Cuentos y cuadros*, 1893: 97-107), donde unos arrieros se burlan, apalean y apuñalan hasta la muerte a un burro que cae al suelo por la excesiva carga transportada.

La “desidealización” de la naturaleza lleva, además, a que se produzca en la poesía de José de Siles una animalización del humano, pasando del apacible *locus amoenus* a la violencia. Así es como en “En busca de un alma” los hombres se comportan como animales feroces:

Con fieros dientes de perros
muchos robándose el pan;
malvados que libres van
debiendo estar entre hierros.

¿Quién habrá que al fin disuelva

tanta abyección, tanta saña?
El hombre, en esta campaña,
¿quiere volver a la selva?

¿El brillo de la cultura
es sólo frágil barniz?
¿Podrida está la raíz
bajo una noble figura?... (Siles, 1905b: 195).

Esta animalización ya la pudimos ver en “Cómo quiero mi tumba”, recordemos: “conque el hombre imita / fiera sanguinaria...” (1905a: 90). Por otro lado, si el hombre es sinónimo de fiereza y crueldad, el animal será el ejemplo de las acciones bondadosas (las que debería realizar el ser humano y no hace) en un claro intento de humanización del animal. En “El pelícano” el hombre que abandona a su prole contrasta con el pelícano que da la vida por la suya:

Anidando entre las rocas,
volando sobre los mares,
del amor paterno emblema
hay un ave.
Cuando vuelve
sin caza, y presencia el hambre
de su prole, se abre el pecho
y da a sus hijos su sangre.

¿Existe algún hombre acaso
de abnegación semejante? (1905b: 191).

Siles, ante este comportamiento, reniega del ser humano:

Y es más noble
y haber nacido más vale
de un chacal, de cualquier cosa,
menos de la humana sangre (1905b: 192).

⁶ Este poema es una traducción de “L’ours et l’abbesse” de Francis Vielé-Griffin, como indica la nota aclaratoria que lo acompaña: “(Vielé-Griffin). (Poeta francés decadentista)”. Se encuentra en *Poèmes et Poésies*, tanto en

la edición de 1895 como en la de 1907. En este libro se hace una recopilación de su producción poética y el poema en concreto aparece en *Les cygnes*, no sucediendo así en las ediciones anteriores de esta misma obra (1887; 1892).

En “A mi perro” se nos invita a tomar ejemplo de este animal que da título al poema:

De nuestra altivez en mengua,
nos das ejemplos de estima:
la mano que te lastima
acaricias con tu lengua (1905b: 193)

Esta vez sin la dureza con la que trataba al ser humano en “El pelícano”, termina por igualarlo con el perro, pues ambos son animales y tienen alma:

Miserias son del destino
que hacen ser, por hondo arcano,
dueño al animal humano,
siervo al animal canino.

[...]

Y en la justicia de Dios,
presiento serán iguales
las esencias inmortales
de las almas de los dos (1905b: 194).

En definitiva, en este trabajo hemos intentado reflejar cómo la evolución estética que desarrolla el poeta condiciona su tratamiento de la naturaleza. Una naturaleza que empieza siendo idealizada, sigue representando las luces y las sombras del alma humana y, finalmente, acaba impura y relegada al margen, siendo la ciudad la que ocupe el espacio central. La naturaleza padece un desplazamiento: ya no es bella (recordemos el poema “El niño y el gusano” donde se mata al gusano por ser feo), pues esta idea, como sabe José de Siles, es caprichosa:

Nada de su destino
sabe la rosa;
si irá a un altar o al fango
nunca conoce (1905a: 45).

BIBLIOGRAFÍA

- ARGULLOL, R. (2000). *La atracción del abismo: un itinerario por el paisaje romántico*. Barcelona: Destino.
- BAUDELAIRE, C. (1975). *Œuvres Complètes*, (1). Paris: Gallimard Bibliothèque de la Pléiade.
- BYRON, G. G. (1816). *Childe Harold's pilgrimage. Canto the third*. London: Printed for John Murray.
- HÖLDERLIN, F. (1822). *Hyperion oder Der Eremit in Griechenland*. Stuttgart und Tübingen: J. G. Cotta'schen Buchhandlung.
- (1994). *Poemas de la locura*, ed. bilingüe. Madrid: Hiperión.
- RUEDA, S. (1893). *Sinfonía callejera. Cuentos y cuadros*. Madrid: Tipografía de los Hijos de M. G. Hernández.
- SHELLEY, P. B. (1816). *Alastor or the spirit of solitude*. London: Printed for Baldwin, Cradock, and Joy.
- SILES, J. de (1879). *Lamentaciones: poesías*. Madrid: A. Flórez y compañía.
- (1885). *El diario de un poeta*. Madrid: Tipografía de Alfredo Alonso.
- (1898a). *Las primeras flores: Lamentaciones, Quimeras (1871-1879)*. Madrid: M. Romero, Impresor.
- (1898b). *Noches de insomnio: Imágenes, Fantasías (1880)*. Madrid: M. Romero, Impresor.
- (1905a). *Los fantasmas del mundo*, 2ª ed., Madrid: Imprenta de Felipe Marqués.
- (1905b). *El diario de un poeta*, 2ª ed., Madrid: Antonio Marzo.
- (1905c). *El carnaval eterno: sátiras*. Madrid: Antonio Marzo.
- VALVERDE, J. M., PANERO, L. (2014). *Poetas románticos franceses*. Barcelona: Austral.
- VIELÉ GRIFFIN, F. (1887). *Les cygnes (poésies 1885-86)*. Paris: Alcan-Lévy Éditeur.
- (1892). *Les cygnes: nouveaux poèmes (1890-91)*. Paris: Léon Vanier Libraire-Éditeur.
- (1895). *Poèmes et Poésies*. Paris: Société du Mercure de France.
- (1907). *Poèmes et Poésies*. Paris: Société du Mercure de France.